

# EL CÍRCULO DE LOS INFIELES



**Alberto Garrido** (Santiago de Cuba, 1966). Fundador del grupo literario Seis del Ochenta y del taller de narrativa La oveja negra. Premio Casa de las Américas (1999, cuento), Premios Casa de Teatro (2015, en poesía y cuento; 2005, en novela), Premio La Gaceta de Cuba 1998, Premio Cucalambé (1997, poesía), y Premio Nacional de la Crítica Literaria, concedido a los diez mejores libros publicados en el país (2001). Tiene publicados dieciséis libros, entre los cuales se destacan *La leve gracia de los desnudos* (novela), *El muro de las lamentaciones* (cuento) y los poemarios *La hora de despertarnos juntos*, *Sueños sobre la piedra*, y *El leopardo en la casa de Dios*. En 1999 fue reconocido con la Distinción por la Cultura Nacional. Radica en Santo Domingo, República Dominicana.

Alberto Garrido

# EL CÍRCULO DE LOS INFIELES



De la presente edición, 2016  
© Alberto Garrido  
© Hypermedia Ediciones

Hypermedia Ediciones  
[www.editorialhypermedia.com](http://www.editorialhypermedia.com)  
[hypermedia@editorialhypermedia.com](mailto:hypermedia@editorialhypermedia.com)

Edición y maquetación: Hypermedia Servicios Editoriales S. L.  
Diseño de colección y portada: Hypermedia Ediciones

ISBN: 978-1533569073

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

*Y mientras su alma baja a esta cisterna,  
queda en el mundo el cuerpo semivivo,  
como esa sombra que a mi lado inverna.*  
Dante Alighieri: *Infierno*, XXXIII.

*A Iris Cano, por todas las páginas que le debo.  
A los míos.*

## I. LOS MUERTOS

### 1

Me avisaron temprano en la mañana. Mi padre está tendido a dos pasos de mí. Se ahogó con un poco de flema. El velorio ha mezclado con tranquilidad las rondas de café turbio, el sonido de pasos arrastrándose sobre las losetas brillantes, voces que inclinan hacia mí y hacia Berta las condolencias, rostros asomados sobre el ataúd para construir los rictus de ocasión. Desde otra sala llegan lamentaciones, gritos y rezos que se aplastan o crecen como un fuego barrido por el viento. Berta exhibe una fortaleza que no posee. Llamé a Santiago para comunicar la noticia. Mi hermana me sugirió que encargara una corona a nombre de todos los hijos y me preguntó cómo andaban las demás cosas de mi vida. Janet vino temprano y aunque temí que me envolviera en un sermón confortante, sólo se acurrucó a mi lado, como un animalito doméstico, y me pasó una mano por el pelo, como lo hacía mi madre, y recordé aquel día en que le tuve lástima.

Detrás de nuestros balances han colocado las coronas. No las vemos, pero sabemos que son coronas simples, tejidas con flores amarillas que apestan y cruzadas por lazos de papel con recordatorios.

Entonces me llega la imagen del Abrazo. El pelo de Miriam huele como las flores. Brilla y se le riega en la cara y algunos mechones caen en la boca abierta que gime. Después veo unas manos que bajan hasta la saya y hurgan en el cuerpo volteado sobre el colchón. Y Miriam (ahora sí es Miriam, completamente Miriam, con la expresión feliz que olía los jazmines del campo) abrirá las piernas y las unirá por detrás de los tobillos del hombre para ayudar a empujarse contra la sombra que se mueve sobre ella y la enloquece y la hace gritar un nombre que no

reconozco, que borra las sábanas percutidas, el olor a cráneo y la blusa blanca sobre la silla que se desvanece y me vuelve a poner frente al ataúd de mi padre.

El viejo tiene las mejillas pintadas de un dulce color rosado. Lo miro un instante y salgo a la calle. Janet me sigue. Bruno no podrá estar, pero me mandó una nota necrófila solidaria. Y mi hermano lo sabe, pero no va a venir. Ya una vez me dijo que se mearía sobre su tumba.

*Respiro el aire invernal. Es fin de año. Pascuas. Otro año que se pierde. No hay ni un árbol de Navidad. Tal vez si cogiera hacia La Rampa, si me moviera obscuramente frente a los grandes hoteles o las tiendas de las Corporaciones pudiera ver alguno. Sería bonito y soez. Pero sólo veo a un viejo y a un muchacho, tirados en el suelo, junto a unas cáscaras de naranjas. El viejo levanta las rodillas y observo el pantalón roto y los ojos de expresión desvaída. Una mano desaparece detrás de la espalda del muchacho sin intención de protegerlo, como si ambos presintieran en esa frialdad una tranquila desolación. Los pies del hombre parecen manos engarrotadas. El niño me mira como si se observara a sí mismo años después. Me acerco. Mira más allá de mí, sin miedo, como si no esperara nada, reconcentrado en la naranja que chupa despacio para no gastarla, volteándola de cuando en cuando como a un reloj de arena.*

*La historia de mi padre es la de un hombre surcado por sucesivas infidelidades que nunca me atreveré a contar. El precio para ser fiel a sí mismo fue la traición a los otros: Mamá, mis hermanos, yo, las sucesivas mujeres usadas y olvidadas. Si Berta pudo sobrevivir a esta vocación de Judas fue porque mi padre no tuvo las fuerzas suficientes para salir de su enfermedad. Pero tampoco dudo que desde su sillón, a través de la vidriera y la noche, hubiera urdido un nuevo ciclo de infidelidades, su manera de apostar contra la muerte, contra Hipnos.*

*Pero si en vez de escribir sobre mi padre me decidiera a exponer mi propia vida, unos meses atrás, ni el tiempo ni las personas que intervienen en la historia cambiarían mucho la esencia de lo que me resisto a contar: Bruno, Janet y yo, la tríada de los infieles, el trimurti fornicario, esa pobre tautología que repite como un bostezo las infidelidades de mi padre. Si el que besa a una mujer es Adán y la mujer es Eva y todo ocurre por primera vez, entonces yo soy mi padre y Janet es mi madre, y es Berta, y todas las mujeres a las que él arrancó un gemido de placer, una maldición, un hijo posible.*

*Por tanto, si espulgo mi vida, estaré hablando todavía de él, aunque escriba «esta es mi historia», sentado ante un boceto estéril, mientras alguien toca obstinadamente a la puerta.*

## II. LAS PALABRAS

### 1

Esta es mi historia. Empieza conmigo, sentado ante un boceto estéril, mientras tocan a la puerta. Es Bruno, el jorobado Bruno, con el pulóver gris demasiado grande, el vaquero sucio y los tenis descoloridos: el Bruno feliz que juega a presentarme una vez más a Janet. Ella me besa, pasa delante y reparo en sus caderas, en su cuerpo que huele a mujer, a deseo; un deseo que Bruno, me consta, también percibe y pospone, sin que se proponga estrujarlo ante mí o dilatarlo con su visita.

No sospecha: en el pensamiento vulgar toco a Janet, la huelo, la sorbo. Pero en la pobre dimensión de lo real Bruno viene conmigo y cuando entramos Janet ya se ha sentado en el sillón menos roñoso. Bruno mete la cabeza en el último cuarto. Después me pregunta cuándo termina el plazo del alquiler.

—Veinte días.

—Ya lo sabía —dice Janet antes de cruzar la pierna.

Bruno repite mi sueldo, los gastos, la miseria. No le importa el tono casi hosco de Janet, ni su descuido al sentarse. A él sólo le importa escribir, aunque su talento se oxida en la levedad, en mujeres, ron y tertulias que en el fondo desprecia. Pero cuando escribe (lo he visto machacar febrilmente la vieja Underwood), cuánta malicia, cuánta facilidad para hacerlo como le viene en gana, socavando lo positivo y lo amargo. Ahora sólo es el tipo amable, un guía particular de museo que exagera mi vida, esa ventana grasienta. Ella ha dulcificado su rostro, lo que significa que no lo escucha, que lo engaña con su docilidad y su abandono.

He mandado a Bruno al carajo. Janet ríe y deja que su cara asuma su verdadero aspecto, el de un animal que ya no espera nada y se escuda en



los retoques de una pintura labial o en los olores irreales de las peluquerías, irritada de que eso sea todo.

—Todavía queda café.

Bruno me acompaña hasta la cocina y pasa la vista sobre la mesa en desorden, sobre la hoja que yo había intentado emborronar.

—¿Escribiendo? —exclama, incrédulo, casi feliz—. ¿Escribiendo, tú?

—Una eyaculación precoz —digo, y muevo los hombros. Aunque Janet está detrás de la pared, todavía consigo olerla.

Bruno insiste en la hoja, la golpea con un dedo.

—Me gusta como empieza: *Esta es mi historia*. Una oración como la pediría Hemingway. Aunque pudieras mejorarla, no sé, si dijeras... *Nunca debí empezar esta historia...* ¿No es mejor?

—Una mierda igual. Después no tengo nada que decir.

—Miedo, ¿eh? —dictamina Bruno—. El horror a la página en blanco. Sin coraje no hay literatura, amigo.

—Bravo. Estás hablando para la posteridad.

Bruno sonrío, cruza un brazo por encima de mi hombro. Comprendo que no va a volver sobre el tema. Todo lo que diga en adelante será bordeando instintivamente la angustia, las convicciones; establecerá esa zona viciada, exterior, fácil, como un apretón de manos entre extraños.

—¿Qué tú crees si dejamos el café para más tarde? —murmura. Señala con el mentón la pared divisoria, el olor que hace adivinable a Janet.

—Cuánto.

—Media hora —susurra, palmeándome.

Regreso a la sala y contemplo el perfil receloso de Janet, su pobre cara expectante que necesita sudar, evadirse de sí en los vapores de otro cuerpo, de otra soledad, sin llegar a la transacción, a la venta.

He visto a las putas en el bar. Entraron como una mancha azulenta y se sentaron en las banquetas circulares frente a la barra, de espaldas a mí, y apuraron sus tragos, sin hablarse. Entre las dos queda un vaso opaco sobre el cual cae una luz baldía que las aísla a pesar de los omóplatos idénticos, las ropas y los comentarios que los hombres exhalan junto al humo. La de la izquierda me parece conocida, una muchacha de escuela, creo. Para que no me reconozca, para que no sienta pena de ella, o de mí, me he hundido en la penumbra.

Después se levantarán, dejarán un billete encima de la barra, responderán con una festiva vulgaridad a la insinuación del barman y abrirán la puerta para que el frío del viento norte se cuele en el barcito y a mi lado, una mujer de rostro anguloso que se pierde en la copa frente a ella, unirá las manos y rumiará su aguardiente, soñándose en la juventud fugitiva de las prostitutas.

Escribo esto para animarme a enfrentar el consejo de Bruno: exorcizar mis fantasmas. Es tarde en la noche y lo mejor sería acostarme.

Apenas he comido una hamburguesa que compartí con Bruno y Janet. Él estaba eufórico y en los ojos de Janet persistía ese brillo salvaje que borra la parte fea de su cara. Bruno me llevó al cuarto para mostrarme una pieza interior femenina, usada. En el fondo, murmuró riendo, a todas las mujeres les gustan las aberraciones, lo impredecible. Haría caminar a Janet, sin nada abajo, por toda la ciudad.

Imagino a Janet. Al principio se sentirá molesta, usada, pero luego, cuando se acostumbre a rozar sus muslos, sintiendo el bosque de pelos entretejerse con cada paso, urdirá alguna pequeña, jubilosa venganza. Bruno es un infeliz. Estará paseando vulgarmente a una mujer sin ropa interior, pero Janet caminará desnuda, completamente desnuda, enloquecida por la sensación de saberse expuesta, con el cosquilleo vaginal de un *strep tease* que sólo ella saborea entre las luces amarillentas de los faros que insinuarán su desnudez, los muslos apretados contra la saya, el sexo caliente ante hombres, mujeres, viejos, niños, y nadie podrá oponerse porque será en mi recuerdo, en la invención, aunque luego tal vez le enseñe lo que estoy escribiendo: ella, tú, Janet, te paseas desnuda ante todo El infierno, porque eres la puta de nuevo tipo. Y ella me dirá que no, Bruno nunca le haría eso, cómo podría pensar así de mi mejor amigo.

Pero aún no he escrito que antes fui a ver a mi padre. Su casa, en otra época, debió ser parte de un Ten Cents, o una mueblería. En vez de ventanas tiene un enorme cristal de vidriera. Muchos años atrás pondrían allí delicados maniqués, voluptuosos perfumes, relojes suizos, arbolitos de colores. Ahora puedo ver tras la vidriera a mi padre, postrado en su sillón frente al Jesucristo Crucificado, los hombros hundidos sobre el pecho y cu-

bierto por una manta hasta los pies. Gasto parte de la noche en mirarlo y en que él me mire bajo la luz acuosa, sin reconocirme, perdido en su bruma, en la esclerosis de la enfermedad. Su tos parece un eco apagado que viene de otra habitación. Berta, su mujer, va a la cocina a prepararle un caldo. Me quedo solo, y soporto una mano translúcida.

La imagen del Abrazo llega entonces, borrosa: veo la silla oscura, la cama con una sábana percutida, y Miriam, que aunque no veo su rostro sé que es ella, viste una blusa blanca y la saya color ladrillo. Enseguida me llega el olor del pelo, indócil, a cráneo. Después, una sombra infiel la hace saltar a la cama y perderse en las reiteraciones sexuales.

Eso he pensado, lo he soñado con los ojos abiertos cada vez que vengo a casa de mi padre, cuando nos dejan solos y sostengo su mano y él me mira desde su estado larval. La imagen del Abrazo me hace pensar en Miriam, retenerla cuando ella despierta y en el recuerdo me cuenta la pesadilla del camino con olor a jazmines.

Han cortado el fluido eléctrico y Berta se acerca portando la llama exigua de un candil y el platillo con la taza humeante. Pone las dos cosas en la mesita y cubre con una toalla el pecho enclenque. Con una cucharita para postres, luego de sujetar la cara y abrirle la boca, le embute a mi padre el caldo. Tras el grueso vidrio se mueve la noche, fría y sórdida.

Cuando pareció que la llama del candil me hostigaba, he soltado la tenue vibración del pulso en la mano y me he despedido de Berta para no prolongar la farsa filial frente al hombre que tose roncamente.

Cada noche, las casas vomitan sus excretas de latas, polvo y restos, sus imprecaciones y sus hombres que ignoran o afirman el papel de la noche en los destinos, en las anunciaciones y vigiliadas que pesan sobre los que duermen, exhaustos, al margen de los movimientos del dinero, de las mujeres que con sus nalgas construyen naipes de sueños, de los homosexuales, de los que tienen el poder, de los que pagan su familiaridad con la muerte y la dicha.

He doblado por una bocacalle y casi tropiezo con una mujer arrodillada en un portal, la cabeza cubierta por un chal que mi vista percude, le añade la mugre. Tiene los ojos cerrados pero no duerme; los mantiene apretados para no recordar mi silueta mientras pide algún dinero.

Ahora comprendo por qué me hostigaba la luz del candil. Creía inconscientemente que me alejaría de la desgracia, sin pensar dónde vivía, en los días que le faltan al alquiler, en una simple cuchilla que escurra la cara (la de mi padre, la mía) y proponga un rostro sin cansancio; pero tengo frente a mí a la mujer, no a la evocada en el vaso de alcohol como se evocan los

demonios, sino a la que extiende una mano en lo oscuro sobre el instante de la piedad y el terror de ser humillada. Adivino en los bolsillos.

Me quedará menos, casi nada, y el hambre, tarde en la noche, y los recuerdos: la visita a mi padre, la hamburguesa compartida con Bruno y Janet y el encuentro con la mujer del chal sucio que se confunde con la mujer del bar, soñándose en los cuerpos de las prostitutas.

En el mismo eterno minuto los verbos avanzando, alentando.

Después, quién sabe, todo parecerá exagerado, una mentira.

Janet vino sola. Se le ocurrió invitarme al Payret y ha comprado las entradas. Durante ochenta minutos ha reído con la vieja que en pantalla pasa las de Caín para alimentar y mantener a su perrito. El perro es una alegoría del Hombre, del país, de mí y del resto de los imbéciles que ríen junto a Janet. Me ha hecho recordar a mi padre, a la mujer del chal y a las putas.

Me viro hacia Janet para decirle que lo mejor de la película es la actuación del perro y ella replica, exaltada, que se trata de un filme incisivo y necesario. No sé de dónde habrá tomado esas palabras, si de un crítico o de un manual de medicina, o si será una frase de moda para medir los valores del arte contemporáneo.

Después salimos y hemos caminado por las mismas locaciones del filme, prolongando las escaseces, los pastos ralos del parque a un costado del Capitolio. Nos sentamos bajo los árboles, escudados de los faroles y las luces de los autos. Ella pasa las piernas por encima de mi pantalón y las deja colgando, semiabiertas, indicando la exclusión de Bruno. La saliva le brilla en los labios mientras mantiene o evoca el beso anterior. Separa aún más las piernas y pide que la masturbe, y ha estado quejándose, mordiendo mi mano libre, buscándome con el brillo salvaje en las pupilas que me la hace odiosa y necesaria, demasiado caliente y húmeda para no saber que esto es sólo el preámbulo de dos pedazos de tierra que respiran donde no crece nada, de dos animales que se calientan en un banco del parque y se huelen y conocen que van a montarse antes de seguir distintos rumbos bajo la noche agorera.

Ahora los dedos huelen a Janet. No sé cómo empezó esto, tampoco sé cómo terminará. Supongo, con el cinismo necesario para mentirme, que lo hago para tener una historia que contar que no sea la de mi padre, que no parta de alguien que desea la muerte. Necesito a Janet,

impelida hacia la vida o el placer, corriendo en su brújula, en esa oscura ruta del Deseo, hacia algo eternamente inapresable.

Ella parece feliz. Nos internamos en la vieja ciudad por una solitaria calle paralela al bulevar, bajo los balcones roídos por el musgo y el salitre, con el cortejo de nuestros pasos sobre los adoquines y de algún perro comido por la sarna. Entonces me habla de la cárcel, de su trabajo allí y de la identificación con una raya roja que advierte la zona de peligrosidad. Nunca lo olvida: se vuelve a ver cruzando los pabellones mientras la observan los presos que limpian los pasillos, escucha el sonido de tres cerrojos y pasa ocho horas en el minúsculo ámbito de la biblioteca, acompañada por dos muchachos alegres que cumplen condenas de once y quince años por asesinar a un hombre.

—Los asesinos, inconscientemente, no matan a un hombre, sino que ponen un inocente punto final a una historia cualquiera —me ha dicho antes de apretarse contra mí para besarme.

Del otro lado de la calle un negro viejo que pulsa monótonamente una guitarra. La jeta fuera de los hombros venta sobre las pésimas cuerdas de hierro. El hombro sobresale huesudo por la camisa rota. Y lejanamente reconozco otro tiempo y las cuerdas pierden la rigidez y se alegran.

Janet pide «Lágrimas negras» y él raspa la guitarra, *aunque tú me has echado en el abandono, ausente, aunque ya has muerto todas mis ilusiones, y desafina, sufro la inmensa pena de tu extravío...* y la voz rajada muere de pronto, olvida la letra.

El trovador me da la certeza: la posteridad no existe, no es eso que impulsa los días de nuestra vanidad; un día se apagará el sol, reventaremos y no habrá planeta ni género humano ni legados ni historia. No van a engañarme las palabras, las utopías, los altavoces en las calles, los editoriales en los periódicos y la falsa e inútil búsqueda de la perfección. Si escribo es para vaciarme, para asomarme al hueco que todos temen.

Janet parece no saberlo. Aplaude al viejo, a la guitarra llena de tatuajes, firmas, parches.

—¿Cómo usted se llama, abuelo?

El trovador lanza una carcajada.

—¿Tu abuelo yo, niña?

Halo a Janet para alejarnos. Le oímos decir:

—Santiago. Santiago Montero.

Lo recordaré más tarde, cuando ella me deje solo y yo vuelva a olerme los dedos. El viejo anodino nada tiene que ver con el olor de ella, es una silueta ridícula que nunca pensé recordar, que se niega a borrarse incluso después de haberla escrito.

Pero antes Janet y yo habremos aceptado la posibilidad carnal del cuarto y en el futuro podré verme sobre ella, sobre sus senos calientes y flácidos, entre sus caderas buscadoras, como dos enemigos que desean mostrar más que el contrario, resistiéndonos a la eyaculación, al bufido, obstinados (ella en crepitar mejor que Miriam, yo en endurecerme por más tiempo que Bruno), moviéndonos sobre las palabras, rabiosos cuando no hayamos podido aguantar más y escorados en los sudores finales de la otra piel, en el escozor y el hastío.

Inmóvil en la cama Janet mencionará a Bruno: cuánto tiempo hace que no lo veo. Pero detrás de sus palabras entenderé otro sentido: cuánto me importa o no en realidad su cara rejuvenecida por el placer, por cuánto tiempo persistirá el deseo, qué haremos (qué haré) entonces. Y cuando no pueda o no quiera responderle ella me mirará con lástima, comenzará a secarse entre las piernas y dirá que, cuando a uno le importa algo, hará cualquier cosa: robar, putearse, envilecerse, porque para ser completamente feliz se necesita ser totalmente despiadado con el género humano. Y yo borraré el movimiento de la toalla sobre los muslos, las piernas, y las veré cruzando el pabellón de la cárcel bajo la mirada ansiosa de los presos, con la identificación, la raya roja que indica la zona de alta peligrosidad.

Pero ahora Janet parece inocente. Aplaude al trovador, a la guitarra de un tal Santiago Montero.



Berta me ha hecho llamar con el recado de que mi padre ha empeorado. No me sorprendería que se cumpliera el rito: los médicos volverán a asegurar que ahora sí es definitivo, que estemos preparados para lo peor y le darán fecha, como a un artículo que se vence. Pero al final veré a mi padre emerger pálido e invicto, hasta su sitio en el sillón, hasta la próxima recaída.

La ambulancia ha llegado puntualmente y mientras nos dirigimos al hospital Berta murmura que mi padre simplemente se ha negado a comer. También le empezaron a salir llagas en las nalgas.

Ella lo curó, le puso una bolsa de aire bajo el cuerpo, pero no está segura de que el remedio funcione.

Mientras examinan a mi padre he permanecido afuera, en el salón, y he sentido unas ganas enormes de fumar. Los hospitales me ponen nervioso. Son laberintos kafkianos: las mismas paredes, idénticos pasillos por donde resuenan los pasos, el trasegar de las camillas, los quejidos de los pacientes chocando contra el silencio y los olores a yodo y a formol.

Cuando un hombre odia algo el destino lo hará chocar contra ese odio tan repetidamente que terminará en la resignación o la derrota. Yo odiaba a mi padre. Y aquí estoy, escuchando al médico que ha salido para espetar a boca de jarro: SUPADRENECESITAUNATRANSFUSIÓNURGENTE. Y se sorprende cuando me ve inquirir, con voz tranquila, qué tengo que hacer para donar esa sangre.

Acostado, con el brazo metido por un hueco, abriendo y cerrando los dedos, he querido pensar que mi padre está del otro lado y que recibe directamente mi sangre; pero no he logrado recordar su rostro y sólo puedo evocar la manta y la mano translúcida.

Después, como siempre, se acerca la imagen del Abrazo, el olor del pelo de una Miriam brumosa, la saya color ladrillo levantada hasta la

cintura mientras la cama cruje y ella se suelta el moño y el pelo se le mueve, sucio y brillante.

Sucio y brillante. En realidad no debió ser así. Miriam acostumbraba a lustrar su pelo hasta dejarlo como la crin de un caballo, brillante sí, pero limpio, con olor a champú y crema. Se pasaba horas ante el espejo, después de bañarse, envuelta solo en una toalla al principio, después en su bata de casa de florecitas que la ridiculizaba. Y entonces, sin mirarme, aunque sabía que yo la observaba, que una vez empezado el rito del cepillo ya no podría dejar de mirarla, comenzaba a ladear la cabeza a un lado y al otro, como si le hablara sin palabras al espejo. Al poco rato se volvía a mí y me tendía el cepillo.

—Péiname.

Y yo me paraba tras ella, la miraba en el espejo, me asombraba el hecho de que pudiera desenredarle las puntas, mirando sus senos apretados en el nudo de la toalla.

Por eso no entiendo la imagen del Abrazo. Llega de pronto, siempre vinculada a mi padre, siempre tan lejana a él, y el pelo persiste en ser sucio, casi corto, mientras a la Miriam que me invento se le hacen dos trenzas largas y oscuras y abre las piernas y me pide que me siente allí para peinarme ella. Tiene los muslos fríos, los siento temblar, y gotas de agua en los senos, aunque solo puedo verla en los pedazos que corta el espejo. Hace una mueca.

—Tienes el pelo sucio y brillante —dice—. Y apesta.

El primer error es recordar. Lo que recordamos no es sino nuestra invención, pura fábula. Alguien dijo que no hay peor mentira que ocultar el alma de los hechos, porque los hechos son siempre vacíos, recipientes que tomarán la forma del sentimiento que los llene. Pero cuando ha pasado el tiempo el alma de los hechos no es la misma, sino un fraude, apenas la costra de los sufrimientos, el barniz de los amores, las rabias, los recuerdos que endulzamos. Y llegamos a creernos lo que nos dice la memoria, aunque la realidad se nos haya escapado, incapaz de ser retenida, obligados a imaginarla, cuando el sentimiento ya no tiene forma.

No mentiré. No vine a El infierno buscando a mi padre, ese rencor vivo. Tal vez huí de Miriam, de su pesadilla del sendero con olor a jazmines o quise borrar su cara de júbilo sobre un colchón anónimo. En Santiago se quedaron mis libros, una madre que oraba por mí, una hermana que me censuraba, y mi amigo José Mariano, tan diferente a Bruno. Pude alquilar este apartamento en el palomar de un edificio tuberculoso que persiste en mostrar una vista hermosa del mar, como un hechizo. Dos cuartos: el primero para que Bruno venga a fornicar con Janet una o dos veces por semana, el resto ella vendrá sola y yo competiré con las fuerzas de Bruno, pensando que la mayor satisfacción que le arranco a esta infeliz es que me diga que soy mejor que él, que lo hago mucho mejor, que goza más, mientras espera que yo le proponga lo que Bruno no le ha dicho o no le ha hecho: una nueva forma de perversión o el matrimonio. El segundo cuarto es el comedor, con una mesa que nació achacosa y sin pulir, y un par de sillas. Eso y el pasillo: un pasillo para que entre Bruno hoy en la tarde, porque es sábado y estoy en casa, y me invite a la lectura que hará un dramaturgo que es viejo y pájaro pero dicen que habla como un sabio y le molieron los huevos en la década del setenta por ser amigo de Virgilio Piñera o algo así.

Lo natural es que no lo siga, que me niegue a seguirlo hasta esos sitios de enjundia pública donde todos hablan como para ser incorporados a algún Salón de la Fama, haciendo chistes sutiles contra todos y contra todo. Sin embargo, en Bruno hay un virus, una manía, una ambición de conocer y hacerse conocer, y sin saber cómo lo acompaño y ya me ha presentado a medio Infierno, que aquí los escritores se dan como la mala hierba, y me ha hecho enemigo de sus enemigos y amigo de sus amigos. La descripción es digna de un cuadro del Bosco: un gordito crédulo, un negro con aspecto de violador, un león convertido en oveja, una mujercita etílica, un rockero con cara de novia, un hombre muy viejo y con las alas enormes. Esta es la fauna literaria que parece apreciar a Bruno.

Alguien me pone en la mano una mezcla maquiavélica de alcohol y refresco que me abrirá en el estómago un agujero más grande que la capa de ozono. El dramaturgo está por allá, con dos o tres mancebos que también deben ser escritores o actores, a juzgar por sus figuras, horribles hasta la sepultura.

La función comienza cuando un funcionario presenta al dramaturgo. No sé por qué siempre los funcionarios tienen que presentar a los escritores, como si fueran rémoras pegadas a un tiburón. En el fondo son los hijos de perra más dignos de conmiseración con los que alguien pueda toparse, actores de segunda mano, extras de un filme que no pondrá nunca sus nombres en los créditos, porque los escritores se llevan toda la fama o toda la persecución o toda la nostalgia en un país cualquiera que tampoco los aguantará, porque realmente un escritor es un comedor de carroña, escarbando en las miserias humanas para que sigamos conscientes de que este mundo sin Dios está jodido.

El dramaturgo es poeta. Por lo menos eso dice. Habla de un libro nuevo que se llamará *Sin alas al paraíso* si no entendí mal, y declama como un locutor de radio las peores infamias que se le pudieran ocurrir a un hombre de talento, con un rostro de satisfacción casi orgásmico. Me he puesto a pensar si realmente valdrá la pena escribir algo que no llegue a *La Urna Griega* o *La calzada de Jesús del Monte*. Esa es una de las causas por las que no escribo. Uno está fusilado por toda la experiencia acumulada. Me hubiera gustado ser uno de los autores de *La Biblia*, por ejemplo, un hombre inspirado y anónimo. Ahora nos importa demasiado que escriban nuestros nombres en más de doce puntos en las cubiertas para creernos que hemos llegado al tercer cielo.

Me llama la atención que escriba todas estas cosas en tiempo presente, como si estuvieran pasando en el mismo momento, y no fueran recuerdos,

o sea, exageraciones y deformaciones y parodias de lo que ocurrió o creí que ocurrió realmente. Bruno no perdería el tiempo en estas elucubraciones sobre el papel del escritor y sus limitaciones.

De pronto me vi en medio de desconocidos, como cuando uno da el pésame por un muerto equivocado, y decidí irme. Al sitio le dicen aún Palacio del Segundo Cabo. Y es en realidad hermoso desde la planta baja y desde afuera, cuando no se le ha echado un vistazo a las oficinas. Pero eso fue lo que hice, salir del salón y meterme en el Departamento de Literatura y aprovechar que no había nadie para marcar a Santiago. Alguien responde en la línea, pero la voz se escucha sorda, como de otro planeta. Y grito sin gritar que soy yo, sí, yo, Josefa, si pudiera ser tan amable de llamar a mi mamá. Y casi al segundo me dice que no está en la casa, que la vio salir con mi hermana Marlen. Gracias, chao, y cuelgo.

No las veo hace siglos. Vine, como muchos, con el deseo de huir del anodino mundo provinciano. Los de El infierno nos repudian porque alcanzamos a más la pobreza, conquistamos sus mujeres, arrebatamos sus trabajos, negociamos cualquier cosa, y corremos al estadio a apoyar a los otros equipos. Nos odian porque muchos de los que vinieron son policías y ponen multas y se pasean con *walkies talkies* por Quinta Avenida, donde una vez, hace más de treinta años, vivieron los ricos y ahora empiezan a vivir de nuevo.

Después de un rato en que comí algo, vine y releí el último bloque escrito. Me parece tan necio que nadie lo leerá: lo iré tachando morosamente hasta que quede la historia en el puro hueso, libre de ripios. Tal vez lo más importante sea la llamada a Santiago, pero como no sucedió así, ya no es un exorcismo. En realidad llamé, conversé largamente con mi hermana, oí lo feliz que estaba con su embarazo, y me preguntó cuándo iré a ver a mi madre, cuándo conoceré a Ernesto, su marido. Tenía la respuesta, un largo monólogo reflexivo en cuanto a la vida del hombre en tiempos difíciles. Pero me interrumpió a mitad del parlamento y me dijo que estaba apurada. Le contesté que en cuanto tuviera un chance iría a verlos, que les mandaba besos a todos y que los amaba.

Hubo un tiempo en que nuestra relación no era así. Hace años, cuando ella estuvo estudiando en Rusia. En aquella época, todas las semanas pasaban por la tele tres o cuatro filmes del gran país de los obreros. *La carga de los 600 camaradas*, *Adán y Eva en el koljuz*, *Los tavárichis mueren con las botas puestas*. Mi hermana, sin embargo, nos escribía desde Rusia que, en ausencia de las películas yanquis, prohibidas por el noble empeño de salvaguardar la santidad de los ideales bolcheviques, exhibían muchas películas

de la India, espeluznantes tragedias amorosas. Era una especie de Comedia Silente. Cuando entraban al cine, un ruso armado de micrófono y linterna iba diciendo los parlamentos de cuanto personaje saliera en la pantalla, ya fuesen viejos, mujeres, niños, carros, elefantes o serpientes. Así eran sus cartas desde Rusia, cartas risibles, nostálgicas; cartas con fotos de puentes hermosos, museos extraordinarios y rusos tan tristes como la nieve.

Los rusos nos lo regalaron todo. Los carros eran rusos. Las armas eran rusas. Los ingenieros eran rusos. Los egresados más notables venían de Rusia, al igual que las patatas, los filmes, la tecnología y las mujeres que después de un año o dos eran abandonadas por sus ingratos maridos cubanos y pagaban sus pasajes de regreso a la gran tierra patria.

Irina es una excepción. Se quedó en la isla y está casada con mi amigo Jorge, que no logró nunca trabajar en lo que había estudiado durante cuatro años en Rusia, y terminó de impresor en ese taller que Dios hizo para recoger a cuanto perdido ande rodando por ahí. Irina trabaja en La Universidad, con la Campuzano y otras eminencias lingüísticas. Dice que las mujeres tienen más capacidad de trabajo que los hombres y no lo dudo, porque la he visto echarse la casa en los hombros, que Jorge es un inútil. Irina hace quesos, trafica carne de res, imparte clases particulares de italiano e inglés a cuatro puticas que se piensan largar, y está preparando el doctorado con la Gertrudis, no la Stein, sino la buena, la cubana, la que fue en su siglo más poeta que todos los hombres en lengua española.

Cuando los visito, Irina se sienta a hablar conmigo, mientras Jorge se va embobeciendo con cada trago hasta quedar inconsciente. Según la propia clasificación de Jorge, él es el oso Misha, bajito, mantecoso, sangrón, y ella tía Stiopa, alta y moralista. Irina me cuenta de lo difícil que le es vivir aquí, que nunca se acostumbra, y saca un samovar y prepara un té. Siempre me sorprende con una yerba desconocida, pero lo tomo igual y me dice que estamos viviendo de espaldas al mundo, que una taza, y los ojos cerrados, pueden conducirnos a territorios ignotos, a una isba, por ejemplo, cerca de la iglesia de Zagorsk, porque afuera hace frío y cae la nieve.

Me gustan el té y el juego y cierro los ojos y la voz dice que los cristales están empañados y no se puede ver nada, pero ha llegado un carretón con leña y tocan a la puerta. Y abro los ojos y veo a Irina pasar por encima del cadáver vivo de Jorge y abre y entra Miriam, con el pelo corto como el de un muchacho, y me ve y se sorprende y se irrita y dice que viene luego. Miriam está más delgada, sin el color rosado en los pómulos redondos, pálida y hundida, y desaparece y veo a Irina saltar por encima de Jorge y cierro los ojos y la voz dice que las campanas de Zagorsk suenan y abro los ojos y

la interrumpo, Irina, y ella sostiene su taza con los ojos cerrados, la cabeza inclinada hacia atrás, como en un éxtasis, murmurando en ruso un poema de Esenin, psssh, Irina, y los abre, qué.

—Qué quería —le pregunto.

—Quién —dice suspirando.

—Miriam.

Ahora sí me mira.

—Estás loco —dice—. Sólo piensas en esa mujer.

Dos días después, temprano, por consejo del médico (hay un nuevo brote de tuberculosis en el hospital), decidimos regresar a mi padre a su casa. Tuvimos que esperar casi una hora por un taxi y nos ha dejado a dos cuadras y media del destino. He tenido que cargar a mi padre, soportar su rigidez, su tos y su falta de peso. Atravesamos el parquecito escolar y los muchachos de uniformes raídos y sus padres se han quedado mirándonos. Lo peor es que mi padre tampoco me ha quitado los ojos de encima, como si preguntara o quisiera decir no sé qué. Me ha hecho pensar en Miriam, despierta en la alta noche y cegada por la pesadilla del camino con olor a jazmines.

Acomodamos (es un eufemismo cruel) a mi padre en el sillón y Berta me hizo pasar a la cocina para que tome café y desayune algo. He prendido la radio y escucho las noticias: disturbios en la Europa del este, violencia en Colombia, crímenes en Nueva York. En cuanto al país, un analista asegura que se ha detenido el decrecimiento económico, enumera cifras, planes para el futuro y exhorta al optimismo. Apago la radio. Mientras Berta prepara el frugal desayuno me entretengo en examinar los periódicos que en otro tiempo mi padre fue pegando hasta cubrir las paredes del último cuarto. Y veo, destacado con lápiz rojo, junto a unas fotos de mujeres, un recorte amarillento que subraya mi nombre, mi participación en un olvidado concurso literario infantil.

Pasaré el día trabajando como un zombi. Pero no se me podrá quitar de la memoria aquel recorte, tan parecido a una carta de amor que no se llega a enviar nunca, que nos anima a pensar que al menos amamos las cosas que perdimos, a dibujar en la memoria la esperanza del padre que no pudo ser.

Estoy subido en el palomar y desde aquí miro la ciudad. Bruno suele decir que El infierno es la cara del país. Me lo dice cuando nos queremos emborrachar, cuando nos sentamos a hacer correr nuestras vidas, como si



ya fuéramos viejos, y yo discuto con él si hemos hecho bien en mudarnos a El infierno. No me jodas, hermano, me dice. Esta es la cara del país. Lo demás es el culo.

La cara del país. Es la cara de una muchacha con acné que maquilla y esconde el verdadero rostro. La cara de un borracho que camina dando tumbos, sin que sepamos hacia dónde va. La cara hepática de un negro trovador, amargado por antiguas glorias que parecen haberse perdido por los siglos de los siglos. De un niño que juega con una lata. De una puta antigua y triste como una litografía. De un disidente, un preso político que no admite su culpa. De un obrero que aplaude con arrobos. De un hombre que recorta papeles y los pega en una pared como si pegara los recuerdos en su corazón.